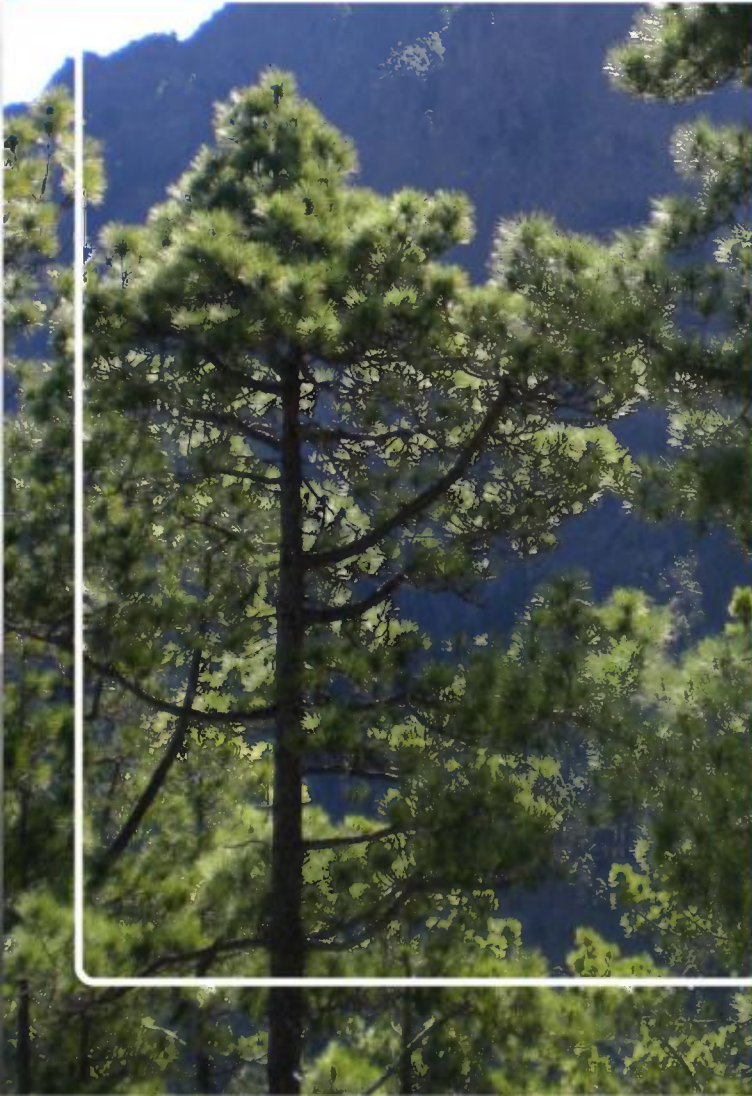


Ángel Sosa Ortega

Nueve islas,
Nueve ensueños



Relatos y Fotografías: Ángel Sosa Ortega
legna.asos@gmail.com

Ilustraciones: Luís Naranjo Sosa

Maquetación: Iván Peralta
vanitaperal@gmail.com

Impreso en: Gráficas Doramas, S.L.
gdoramas@graficasdoramas.com

Las Palmas de G.C., Abril de 2.011

INDICE

PRÓLOGO	1
RELATO 1.- El Lagarto	3
RELATO 2.- Las Grajas	21
RELATO 3.- La Paloma.....	41
RELATO 4.- La Alpiska.....	55
RELATO 5.- Los Guirres	69
RELATO 6.- El Camello	86
RELATO 7.- Lobos	105
RELATO 8.- Los Cangrejos.....	119
RELATO 9.- Las Paredas.....	135
EPÍLOGO	149



Relato 4.- La Alpisca

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Me han arreglado como para una boda y me han puesto así de guapo dentro de la caja de pino en la que haré mi último viaje terrenal. A la caja, colocada sobre unas patitas cortas para que mis huesos queden algo separados del frío suelo, rodea cuatro candeleros con velas que parpadean al ir el fuego devorando sus pabilos a la par que cuatro volutas de humo suben mansamente hasta el techo. Oigo hablar quedo a quienes se acercan a mi féretro y miran a mi cara queriendo cerciorarse de que efectivamente soy yo a quien la muerte ha llamado en esta ocasión. Algunos, más bien algunas mujeres, se santiguan y de sus labios sale algo parecido a una oración que trata de ser una intersección por mi descanso eterno. Seguramente no saben que yo no descansaré nunca.

Y todo porque fui un libertino amante de caer una y otra vez en los siete pecados capitales sin arrepentirme siquiera una vez: comí con glotonería cuanto me apeteció, y bebí vino sin medida saboreando siempre hasta la última gota de las mejores cosechas; participaba en todas las bacanales que podía, en fiestas que celebrábamos con mancebos y jóvenes mujeres con quienes terminábamos ahítos a altas horas de la madrugada; no trataba de redimirme, al contrario, me movía tan solo motivado por los requerimientos del cuerpo sin hacer caso alguno a las necesidades del espíritu; pretendí vivir con grandes fortunas y a mi avaricia unía la envidia que sentía hacia aquellos que tenían más medios que yo para gozar de la vida sin tino y sin pausas. Estallar en cólera era algo tan natural en mí como el estallido de los relámpagos y el retumbar de los truenos en las noches de tormenta y creo que más de una vez, estuve a punto de matar en arranques furibundos de ira por cosas nimias. Y así y todo, fue la soberbia, el pecado de Lucifer contra Dios, mi perdición.

Justo ahora que mis cortos años de vida han acabado y que los primeros instantes de mi eternidad han transcurrido, hago recuento de mis acciones y de mi vida. Quisiera tener la facultad de cambiar tantas cosas acaecidas pero ni siquiera me es posible aflojar el cuello de la camisa que, en la caja, me sofoca. Noto el sudor que me recorre la cara y pienso en la posibilidad de que la pintura que me han puesto para tapar mi color cadavérico se estropee. No puedo aunque lo intento rascarme el dedo meñique del pie que está empezando a picarme. ¿Será el roer de los gusanos que empiezan a dejar mis huesos mondos, sin un ápice de carne?

Quiso el cielo que yo naciera en las faldas del Pico Teide en el remanso de un pueblo blanco y silencioso que acaricia entre neblinas su silueta. Desde la ventana de mi cuarto podía ver cada mañana la salida del sol, y por las tardes, desde la habitación opuesta me extasiaba, siempre que la bruma lo permitía, viendo como los rayos luminosos del ocaso ponían su corona dorada a la sima de mi adorada montaña mientras el astro rey se iba a dormir en el profundo Atlántico.

Pienso, y pienso bien, que del pecado de la soberbia no debo ser yo el último culpable. A fin de cuentas ¿qué culpa tengo de haber nacido junto al Teide en la isla más maravillosa de todas las islas que se alzan airosas en los océanos y mares del mundo? ¿qué cuentas he de dar y a quién por sentirme parte de la majestuosidad de la montaña, con un sentimiento de tanta grandeza y que creció conmigo ya desde el vientre de mi madre? ¿y, no fueron los hados, acaso, los que quisieron que a mi persona le fuera concedido regalo semejante? Pues que sean los hados los que respondan por mí.

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Transcurrió mi primera infancia sin que me diera cuenta de las fuerzas, unas a favor otras en contra, que operaban sobre mi devenir. Nací tullido y, en lugar de gatear como todos los niños, tuve que ingeniármelas para arrastrarme por el suelo. Mis piernitas cambadas no podían con mi cuerpo y mis brazos cortos no alcanzaban a coger ninguna cosa con mis manitas fofas. ¡Era de verdad una desgracia aunque no me diera cuenta de ello! Pasados unos años sí que empecé a tomar conciencia de mi flojera ante los demás pues no era casualidad que yo me llevara todos los coscorriones. Así que aprendí a ser fuerte, si no de cuerpo sí de mente y de espíritu.

Llegué a ser el más agudo, astuto, inteligente, rencoroso, malcriado y vociferante crío de todo el colegio, con mi carita de niño bueno que nunca se atrevería a travesura alguna y que servía de coartada a mis gamberradas haciendo recaer el castigo de mis fechorías sobre los demás alumnos. ¡Cuánto más amigos, mejor! ¡Me enorgullecía ver castigados por mi culpa a todos aquellos aprendices de lameculos que ya de mocetones serían quienes más iban a reír mis gracias!

No quiero ni decir la alegría que sentía en mis tiernos años viendo las caras de zoquetes de mis amiguitos cuando el maestro les daba un palmetazo o un cachete que para mí sonaban a himnos gloriosos, por unas faltas por ellos no cometidas. Me regocijaba y hasta estuve muchas veces a punto de delatarme para ver mi vanidad pagada. ¡Era yo, solamente yo, el culpable de que ellos sufrieran!

Las velas ardiendo todo el tiempo van perdiendo altura en los veladores y por el contrario el calor va siendo más intenso. Me pregunto para qué pondrán tanto tapizado dentro de las cajas de pino en las que nos entierran. No será para mayor comodidad del inquilino,

puesto que en la posición en que me encuentro, decúbito supino creo que le llaman, los pliegues de las telas se me incrustan en la espalda haciéndome insoportable la espera. Las horas, que pasan lentamente, son aprovechadas por mí para hacer un recuento de mi existencia. ¿Recordaré el paso de la niñez a la adolescencia?



Recuerdo a las niñas en la acequia que pasaba cercana al pueblo entre matorrales y flores silvestres. Eran tres. Una de ellas subida en el pequeño muro toca con su mano izquierda el caño del que sale un chorro de agua fresca que con una pequeña curvatura va a llenar la talla. Viste un traje color crema con la falda por arriba de la rodilla y lleva algo recogida una de las mangas largas de su precioso vestido. En su cabeza un gorro de paja tapa sus ojos. Su boca, que adivino pequeña, no consigo recordarla con claridad. Delante de ella están sus amigas charlando. La del vestido azul celeste que le cae en tablas hasta más abajo de las rodillas, tiene la cabeza vuelta con un gorro de paja grande y que luce con un rayo de sol, y al cuello un

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

pañuelo rosado. Intenta cruzar los brazos. Tan sólo puedo ver una de sus manos delicadas a la altura de su cintura. Sus piernas las tiene cubiertas con medias gruesas y sus pies están hundidos en la hierba. De frente está la tercera niña, algo recostada y con el cuerpo apoyado en la acequia, y veo su pelo negro intenso. Está de perfil. No lleva sombrero y por el contrario tiene en la cabeza un rolo en el que descansará la talla del agua cuando esté llena para llevarla de regreso a casa. Viste de color teja con mangas cortas y su sencillo vestido luce un vaporoso cuello vuelto hacia abajo. No lleva medias y sus pies están también como sumergidos en la hierba amarillenta del otoño. Parece más pequeña que su amiga de azul y mira hacia ésta con atención a sus palabras. En su carita delicada no distingo tampoco sus facciones. ¿Eran negros y grandes sus ojos, y su nariz mostraría el desdén de las niñas de su edad hacia mí?

Recuerdo ahora aquel día de fiestas en el pueblo, cuando las volví a ver. Las reconocí por la niña del pelo negro. Venían hacia mí riendo y cantando. Al llegar junto a mi cuerpo lisiado me miraron con curiosidad y luego, asqueadas, siguieron adelante desviando con desagrado sus miradas. Un navajazo que me hubieran clavado en mi barriga no me hubiera hecho gritar un sollozo tan fuerte como el que intentó salir de mi garganta de niño. Tuve que tragarme la rabia, las lágrimas y los mocos. Como otras muchas veces. Como siempre que mi orgullo se sintió pisoteado.

Siento frío. Hace ya bastante rato que apagaron las velas y además me han dejado en una soledad inaguantable. Debe ser a juzgar por la semipenumbra en que me encuentro las horas de la madrugada. Ya hace rato que estuvo el cura rezando un responso y un Avemaría que las gentes contestaban como a regañadientes. El frío se

me ha metido sobre todo en los pies que siento helados. ¡Ah! ¡Cómo agradecería yo ahora un carajillo de aquellos que tomaba cuando yo no era el muerto y venía a los velatorios a charlar con los amigos!

Hacía frío cuando me llevaron con trece, o tal vez catorce años, como otras muchas veces, a Las Cañadas del Teide. Esta vez dejó en mí un recuerdo especial. Había nevado la noche anterior y a pesar de ir bien abrigado y de que lucía un tímido sol de invierno sentía castañetear los dientes. Mis viejos pensaron que para mí sería bueno ver el espectáculo de la blancura cubriendo las paredes de mi montaña sagrada, con la nieve al alcance de la mano. Jugueteaba haciendo un muñeco sentado en el húmedo suelo sobre unas esteras y ella se me acercó sonriente. Esta vez venía sin la compañía de sus amigas y tenía su pelo negro azabache recogido en un gracioso gorrito de lana que le cubría hasta las orejas. Una capa verde le caía desde los hombros y cubría sus manos del frío con guantes rojos. Me saludó y sin dejar de regalarme su bendita sonrisa se puso a mi lado haciendo del muñeco de nieve, ya para siempre, nuestro aliado. Moviéndose con sus pasos graciosos y saltarines me hizo recordar a la alpiska que viene en primavera y verano por estas alturas para alimentarse de insectos. Terminamos el muñeco y empezamos a arrojar sobre él bolas de nieve mientras reíamos a carcajadas.

Debió enfriárase de tal forma el culo y las piernas de estar tantas horas sentado en lo que terminó siendo un lodazal frío que tuve guardar cama durante unos cuantos días con fiebre alta. Con la garganta que me raspaba como si fuera papel de lija, la frente ardiendo en la que mamá me ponía uno tras otro paños de vinagre, los ojos enrojecidos y la nariz como un tomate que destilaba mocos a todas horas del día, las medicinas que me obligaban a tomar (odio

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

desde entonces el aceite de ricino que aún ignoro para qué diablos me lo daban), vivía yo la pena negra. Echaba de menos a mi amiga del pelo negro. Deseaba que viniera a verme y no había tebeos ni cuentos suficientes que pudieran arrancar su figura de mi memoria. La llamaba sin nombre, la hablaba sin palabras, la veía sin mirarla. Estaba allí, en el campo infinito de la nieve, caminando y saltando, con su capa verde, sus guantes rojos y su sonrisa radiante.

Cuando la dejaron venir, sus amigas la acompañaban. Entraron como el rayo de sol que entra cada mañana en mi habitación para calentarla dejando oír sus risas que para mí eran gorjeos de las aves cantoras que pueblan libres los matorrales. Mi dicha era inenarrable. Mi corazón estaba desbocado.

A estas horas de la madrugada se mezclan en mi cabeza los recuerdos. Además estoy sintiendo ya la incomodidad de estar tantas horas de espaldas. Me pregunto si estaría más cómodo acostado en posición fetal, esa posición de ovillo que tenemos en el vientre de nuestras madres antes de nacer, y que a mi tanto me gustaba cuando intentaba dormir. Esta mala posición no deja que mis recuerdos discurren por los hechos tal y como sucedieron. Mezclo los sentimientos de la adolescencia, esos sentimientos puros de amistad que tuve con mi preciosa chica del pelo negro, con aquellos otros en que el amor de hombre incipiente llegó a sentir por ella.

Jugábamos en casa y hacíamos miles de diablura en los días, que yo intentaba no acabasen nunca, de mi enfermedad, cierta al principio y simulada después. Luego íbamos a la acequia en la que había visto yo a las tres niñas por primera vez como en un cuadro de artista genial. Volvíamos cada día a llenar la cántara con el agua fresca

que salía del caño y que luego, con movimientos de ánade, transportaba sobre la cabeza cualquiera de las tres amigas.

Supe un día que entre ellas había lazos de familia. Mi chica del pelo negro y la más niña eran hermanas. La mayor era prima de ambas. Cuando me consideraron con edad suficiente para comprender, en tiempos en que la navaja barbera de padre me sirvió para los primeros rasurados, me hicieron saber la tragedia que se iba a abatir sobre mí. Mi vida, mi adorada niña del pelo negro, mi alpiska del alma, sufría una enfermedad incurable y los médicos no sabían cómo sanarla. Por eso estaban en el pueblo. Habían venido cuando las conocí, y se habían quedado pues el aire sano de la montaña ayudaba a mantener alejada un poco más a la muerte. O eso creían sus padres para quienes cada día ganado sin que la guadaña cercenara el cuello de su hija amada era una jornada bendita por Dios.

Yo, en mi ignorancia, me alcé airado en contra de ese mismo Dios que ellos bendecían. Lo maldije, abjuré de mi fe cristiana que había arraigado débilmente en el terreno poco formado de mi conciencia y la desolación y la ira se adueñaron de mi alma.

Los ojos dulces de mi niña me miraron consternados. De esos ojos profundos en los que tantísimas veces me había sumergido brotaron perlas que resbalaron por sus pálidas mejillas. Quise, a la vista de sus lágrimas, postrarme de rodillas para jurarle que ni la muerte, ni el cielo, ni el mismísimo infierno nos separarían y, al intentarlo, mi cuerpo contrahecho cayó sobre el suelo y yo quedé llorando desolado mi humillación y mi impotencia.

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Amanece un nuevo día. Han venido a encender las cuatro velas que acompañan mi pobre caja de pino y ha venido el cura a rezar las letanías. Llega gente que se va arracimando para la hora del entierro y que charlan de sus pequeños problemas cotidianos, la familia, el trabajo, la enfermedad que les aquejan, o hablan con entusiasmo de los resultados de los últimos partidos de fútbol. Las mismas cosas sencillas que a mí me preocupaban hasta ayer mismo y que ahora me han quedado en la lejanía.

No volví a ver a mi niña del pelo negro. Mi vida siguió un derrotero de maldad durante mucho tiempo y en él no cabía la bondad de los ángeles. Hace pocos años, cuando mi enfermedad dejó



de ser un asunto sólo mío para convertirse en algo público tuve una visita inesperada. Llegaron hasta mi despacho las dos niñas que junto a mi niña del pelo negro componían el mágico cuadro visto en la acequia de mi pueblo en los lejanos días de mi juventud. Las reconocí

al instante. Me hablaron de los últimos días de mi ángel adorado. De cómo en su delirio preguntaba por mí queriéndome ver junto a su cama. Me traían su último deseo: quería en su lecho de muerte que al morir yo nuestros cuerpos descansaran juntos.

Fui al cementerio y localicé su tumba. En la lápida de frío mármol negro como la muerte, junto a su nombre, habían grabado la silueta de una grácil alpispa que me gritaba su amor. Alrededor, tajinastes rojos y violetas del Teide, florecían.

Compré un pedazo de tierra justo al lado de esta tumba que me llamaba y me apresuré a cambiar mis últimas voluntades. Pedía... ¡No! ¡Exigía ser enterrado junto a ella y que nuestros cuerpos permanecieran unidos bajo tierra por toda la eternidad!

Me llegan de la iglesia las lúgubres campanas doblando a muerto. Me estremezco pensando en que doblan por mí, como si yo mereciera un recuerdo, y en estos momentos vienen a mi memoria los años pasados en la universidad que fue donde se forjó mi vida pública. Son recuerdos borrosos porque la noche pasada en vela me está pasando factura. Veo como, obligado a estudiar por mis padres, aproveché mucho más el tiempo en juergas que para empollar las lecciones; estaba siempre allí donde sonara una guitarra cualquiera y se alzara al cielo una jarra de cerveza bien fría o un vaso de tintorro; por supuesto, no era yo el más indicado para tocar el pandero en la tuna pero, con mi cuerpo malformado a cuestras, me las arreglaba para aguantar lo que hiciera falta siempre que hubiera jarana. Aprendí a ganarme la voluntad de la gente y a encaramarme sobre quien fuera con tal de progresar. Estudié las mil argucias destinadas a los príncipes para el control de los territorios conquistados.

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

Han tapado la caja y he quedado por momentos en una oscuridad total. Noto que me levantan unas manos desconocidas mientras se hace el silencio. Van a llevarme a mi última morada. Los pasos de quienes me llevan son inseguros y temo caer sobre el empedrado de la calle. Vamos cuesta abajo. Al poco el suave murmullo del agua de la acequia me trae como si fuese la primera vez la vista de mis niñas del cuadro. Las pisadas se oyen sobre los guijarros y mi cuerpo se bambolea en la caja que parece ir saltando. Abriendo paso al cortejo fúnebre la cruz alzada, el cura y dos monaguillos que llevan incensarios. Detrás de ellos la banda municipal de un municipio cercano va dejando atrás los sones de requiems y música clásica. Mis enemigos tienen caras circunspectas en las que no dejan reflejar su alegría por mi temprana muerte. Mis amigos ¿tengo alguno? se diferencian de aquellos porque sus caras muestran consternación. No porque yo me haya ido sino porque ellos se consideran huérfanos con mi partida.

No cabe duda de que en el pequeño mundo de la isla fui todo un personaje. Odiado por muchos, alabado por los más, criticados por todos. Repartí favores interesados, participé en negocios inicuos, me alié con unos contra los otros según cada momento me aconsejaba. Hice sabia las recomendaciones al Príncipe, de Nicolás Maquiavelo: *tener virtud y fortuna para subir al poder, virtud al tomar buenas decisiones y fortuna al tratar de conquistar un territorio*. Este libro, aunque pequeño en tamaño, es grande para mí pues me ilustró en el arte de evitar a los aduladores y oportunistas a la hora de elegir a mis consejeros.

Recuerdo con nostalgia mis tiempos de ordeno y mando en todos aquellos puestos en los que tuve que decidir sobre cuestiones

que afectaban a otros seres humanos. Fui odiado, lo sé. Nunca querido. A lo mejor alguno, ignorante, confundió mis larguezas, siempre intencionadas, con la benevolencia, y por ello me lo agradeció. Nunca actué con desinterés pues iba siempre buscando mi propio beneficio.

Revoloteaban a mi alrededor los pedigüeños en busca de favores. Según fuera mi estado de ánimo atendía a unos y desairaba a otros. Me repugnaban todos. No soportaba sus caras de parásitos ni sus ojos lacrimosos.

El cementerio queda en una loma, lo más cerca posible del padre Teide. El paso cansino de los que me trasladan se hace más vivo ¡qué ironía! y ello me indica que llegamos. Estamos ahora a la puerta de hierro labrado del sagrado lugar, junto a las columnas y arcos, y al frontón que ordené poner en la fachada principal, en donde me aguarda mi amada. Lo reconozco. He visto muchas veces la gárgola del interior junto al drago y la palmera, y las cruces, de piedras unas, de madera simple las más, colocadas sobre las tumbas. También me son conocidos los nichos en los que están enterradas las ilusiones y las mentiras. Es pequeño y es coqueto.

Nueva liturgia de rezos. El hisopo de agua bendita, manejado por la mano experta del cura, hace que ésta caiga sobre mi ataúd. La música solemne suena. El incienso puesto en la cazuela del brasero que porta el monaguillo llena el aire con su perfume. Al poco las pisadas, que han dejado atrás las piedras del camino, resuenan sobre la grava. Ya me llevan y creo percibir el aroma de los tajinastes y de las violetas. Ya estoy tan cerca que mi corazón parece revivir y mis músculos acartonados parecen tomar fuerzas. Cae una lluvia menuda,

NUEVE ISLAS, NUEVE ENSUEÑOS

lenta y mansamente, que repiquetea sobre la caja como una canción de eterno amor. Me depositan en el suelo ligeramente mojado y no encuentro el minuto en que por fin me bajen a la fosa. Estoy junto a una lápida que fue rosada, hoy ajada y rota, de alguien que murió hace mucho tiempo y que no pensó seguramente nunca tener una tumba tan descuidada. "Vanidad de vanidades", dijo el sabio. Los segundos se me hacen eternos. Luchan los hombres con las cuerdas que servirán para ir bajando el féretro poco a poco hasta el fondo del hoyo. Por fin me siento descender en un ligero bamboleo. Al final quietud y silencio hasta que la primera flor cae sobre la madera. Flor primeriza a la que siguen otras junto a las paladas de tierra que me taparán quitándome la visión del mundo.

Quedo sumido en una oscuridad distinta, diáfana y alegre. Mis recuerdos se difuminan. Mi mano deforme -mi brazo todo- toma vida después de la muerte, y en estos primeros instantes de la eternidad que me aguarda, recorre un espacio infinitesimal en busca de la mano -del esqueleto entero- de mi niña del pelo negro.

☪ - - ☪

Ahora sé que si llegara tan sólo a rozar un solo hueso de sus huesos, podría yo, pobre pecador de pecados capitales, descansar en paz.



Dicen quienes la han visto que la isla de San Borondón está muy cerca de nosotros en algún lugar del extenso Atlántico. Dicen, que en ella seguramente habitan los trasgos y los duendes de latitudes superiores a la nuestra y que a lo mejor las brujas de nuestros campos se cobijan entre sus brumas.

Estas cosas no las sabía 'Pancho' y por ello no pudo inspirarme ningún relato que tuviera asiento en la isla misteriosa de nuestro archipiélago. No obstante, yo veo en ocasiones a mi fiel perro con sus ojos semicerrados, cuando duerme la siesta, y entonces no me cabe la menor duda de que un día, más bien temprano que tarde, sacará de sus sueños historias de su mundo encantado.

Cuando, con susurros de ladridos me las cuente, trataré de darles forma. Y entonces los seres encantados de San Borondón nos dejarán saber de sus alegrías y de sus penas, que uniremos, quizá, a la de los personajes de estos ensueños de 'personas' verdaderas.

